María Dolores Gómez Molleda (1922-2017). Historiadora de las ideas del reformismo inconformista español del siglo XX *In memoriam*

MERCEDES SAMANIEGO BONEU
Universidad de Salamanca

Dejar constancia pública del rastro de quien formó parte durante tantos años del claustro académico de la Universidad de Salamanca como catedrática de Historia contemporánea resulta una tarea grata a la vez que comprometida porque el currículo vital y profesional de la Profesora María Dolores Gómez, a quien nos estamos refiriendo, alcanzó cotas de gran prestigio. En este artículo escrito en su memoria trataremos de objetivar con el afecto y la consideración que merece dicho currículo, sobre todo para cuantos compartimos su buen hacer como docente e investigadora reflejado en su brillante y extensa obra.

Las páginas que siguen tienen, pues, como propósito esencial reflejar qué huella dejó en el campo historiográfico a partir de su profundo análisis sobre el actuar de determinadas personalidades y de ciertos grupos minoritarios, ambos disconformes con la realidad sociopolítica española de su momento. Los resultados de su indagación la sitúan entre los historiadores españoles más destacados de su tiempo y como cualificada investigadora de la historia de las ideas.

Licenciada en Filosofía y Letras con Premio Extraordinario por la Universidad Complutense de Madrid pasó inmediatamente al Instituto Zurita del Consejo Superior de Investigaciones Científicas donde fue nombrada Secretaria de La Escuela de Historia Moderna durante el periodo de elaboración de su tesis doctoral sobre Gibraltar, trabajo publicado por el mencionado Instituto en 1953[1]. María Dolores Gómez desempeñó tempranamente tareas docentes en la Complutense donde obtuvo el puesto de Profesora Adjunta en 1960.

En 1967 accedió, por oposición, a una Cátedra de Historia Contemporánea Universal y de España que la situó en la Universidad de Santiago de Compostela. Este fue un destino que significó un giro en su carrera académica ya que hubo de permanecer en aquella Facultad durante varios cursos. Dicho giro se vio influido además por los

[1] *Gibraltar. Una contienda diplomática en el reinado de Felipe V*, Madrid, CSIC, 1953, 350 páginas.

sucesos parisinos de mayo del 68 que conmovieron el escenario universitario y que coincidieron durante su docencia en este destino.

Salamanca reclamó su presencia al quedar vacante la Cátedra de su especialidad. La petición venía avalada por el prestigio de la Universidad y permitió a María Dolores ocupar esta plaza en el Estudio salmantino en 1970 hasta el final de su vida académica oficial, que culminó con su nombramiento de Catedrática Emérita[2].

Al aproximarnos a su historial académico no podemos pasar por alto reconocer que los años cincuenta fueron cruciales. Durante esta década se fue introduciendo la nueva forma de hacer historia fruto de una serie de cambios decisivos que hicieron patente una transformación profunda del estudio del pasado. Dichos cambios se realizaron desde parámetros de nuevo cuño que consolidaron, durante los años sesenta y principios de los setenta un viraje historiográfico que implicaba una avanzada búsqueda epistemológica. En este sentido subrayamos la repercusión que tuvieron, en este viraje, tanto la historia del pensamiento como el papel jugado por destacados intelectuales que fueron los representantes de la puesta a punto de temas abiertos al debate y de la búsqueda de un todavía próximo pasado cargado de implicaciones candentes en la memoria de los españoles.

No cabe duda de que desde el comienzo de su carrera universitaria la Profesora Gómez Molleda fue acumulando un bagaje académico e intelectual que impregnó, a lo largo del tiempo, no sólo su novedoso estilo docente sino también su peculiar temática investigadora. Ambos méritos fueron transformándola hasta llegar a la reconocida especialista en la historia de las ideas como se desprende de sus contribuciones al análisis del pensamiento y la cultura de la época contemporánea.

Inmersa en un contexto creativo, aquella etapa fue, para la Profesora Molleda, un tiempo de indudable madurez en el curso de su carrera académica. Entonces fue cuando elaboró su primera y fundamental obra *Los Reformadores de la España Contemporánea*. Esta obra, premiada en 1966 con el Premio Nacional de Literatura, que mereció los parabienes de quienes se vieron reflejados en sus páginas con objetividad y sin prejuicios así como de un buen número de estudiosos de la especialidad y afines.

Iniciada la década de los setenta, María Dolores Gómez Molleda estuvo singularmente atenta a la producción historiográfica de la École des Haute*s* Études de París hasta el punto de que renombrados especialistas de aquella Institución pasaron por las aulas del Departamento. Durante estos años emprendió un camino en el que se entrecruzaron docencia, investigación y cargos de dirección junto con actividades que sólo su entrega a las tareas universitarias hace posible evaluar en su justo recorrido. Bien es cierto que en esta oportunidad no nos es posible mencionar sino una síntesis selectiva de su currículum vitae por lo cual dejamos constancia global de su presencia en numerosos Congresos Internacionales de Ciencias Históricas desde el undécimo celebrado en Roma en 1955 hasta el de Madrid de 1990, sumando su asistencia a otros muchos en diferentes países. Igualmente hay que hacer constar que perteneció a diversas asociaciones nacionales e internacionales las cuales constituyeron una plataforma de despegue hacia otras realizaciones en su ámbito de trabajo histórico.

[2] Desde 1995 al 2000 fue profesora extraordinaria en la Universidad CEU de San Pablo de Madrid.

Por este tiempo ocupó cargos de responsabilidad al ser nombrada Vicerrectora por parte del entonces Rector D. Julio Rodríguez Villanueva, circunstancia que le condujo a una especial dedicación a las tareas que el cargo comportaba[3]. Sobresale el entusiasmo con que emprendió el proyecto de Extensión Universitaria en la zona de la Sierra de Francia y de las Hurdes en donde un grupo de estudiantes llegó a convivir con quienes habitaban en aquellos pueblos marginados. Precisamente a raíz de los contactos forjados con los universitarios de las distintas Facultades, fomentó un buen número de intercambios de becas en el extranjero[4].

El nombramiento en 1977 como Directora de la Casa Museo Unamuno constituyó un hito en su carrera académica por conseguir devolver a la antigua casa rectoral su intrínseca virtualidad como archivo abierto a los investigadores, especialmente a hispanistas ávidos de consultar aquellos materiales hasta entonces apenas catalogados. Las actividades se multiplicaron y en 1986 logró promover un Congreso Internacional con ocasión del cincuentenario de la muerte de Unamuno. La reunión resultó todo un acontecimiento debido al número y prestigio de los ponentes y asistentes[5]. Quizá aquella celebración fue el broche de oro de su actividad académica a punto de una jubilación anticipada por los avatares de la Administración Pública.

1. Intelectuales reformistas en la España contemporánea

Cumple ahora detenernos en el análisis del contenido de las líneas temáticas de investigación emprendidas por María Dolores Gómez Molleda. Ellas constituyeron un entramado en el que la historia de las ideas y de la cultura determinaron el hilo conductor que centraba el fondo del pensamiento tanto de individualidades de renombre como de minorías inconformistas de notable repercusión en el panorama español contemporáneo.

Al decir de la autora en la ya mencionada obra *Los Reformadores de la España Contemporánea*[6], que fue su publicación pionera y emblemática, la existencia de grupos intelectuales en los últimos años del siglo XIX y en los albores del XX promovió influyentes círculos de pensamiento como fue el integrado por los seguidores de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) creación de Francisco Giner de los Ríos. Vicente Palacio Atard en el prólogo de esta obra precisa cómo en 1857 el catedrático de la

[3] El cese del Rector Villanueva por orden ministerial permitió a la Dra. Gómez Molleda ser nombrada interinamente Rectora siendo la primera mujer en el Estudio salmantino que en los ochocientos años de vida de la Institución ocupara este cargo.

[4] En aquellos mismos años la Profesora Gómez Molleda propuso la creación de la Cátedra de Teología Domingo de Soto para universitarios, cargo, cuyo primer titular fue D. Olegario González de Cardedal, Cátedra que ha mantenido su actividad y por la que han pasado reconocidos expertos.

[5] Resulta imposible sintetizar las actividades que paralelamente a las reseñadas realizó la Profesora Gómez Molleda en cuanto a la dirección de tesinas y tesis doctorales, a la creación y dirección de la revista *Studia Historica* del área de Historia contemporánea. Así mismo la creación de la *Revista de Ideas contemporáneas EIDOS* o la revista *Crítica* e igualmente la puesta en marcha de la Editorial Narcea que dirigió durante varios años encargándose directamente de la Colección de Libros de Bolsillo Bitácora, con destino a los estudiantes publicando títulos de gran interés en los que se ofrecía el estado de la cuestión valiéndose de la participación de especialistas en cada materia.

[6] Madrid, CSIC, 1966.

Universidad Central, Julián Sanz del Río, abrió el curso académico abogando con vehemencia por la urgente necesidad de la transformación del hombre español mediante la reforma de la educación para cambiar a la sociedad. En aquella temprana fecha el que fuera el introductor del krausismo en España y posteriormente del institucionismo gineriano junto con otros muchos, se manifestaron conjuntamente como una corriente de pensamiento con pretensiones de revolución intelectual que no tardaría, se dice, en provocar una conmoción fruto de sus peculiares objetivos innovadores.

Partiendo de esta realidad, definió la Dra. Molleda su libro como la historia de tres generaciones de intelectuales preocupados intensa y dolorosamente por España y lo español aceptando que podría denominarse al grupo "los últimos erasmistas hispanos" como se ha considerado a los krausistas en tanto que movimiento profundamente renovador que seguía las pautas de la modernidad aun cuando su disidencia religiosa y la defensa de la secularización los diferenciaba de los seguidores de Erasmo. En este sentido, hizo patente el papel del institucionismo reformista asumiendo los postulados de los intelectuales de convencimiento krausista que sostenían una visión socio-política que justificaban por oposición a un país mediatizado por el clericalismo entorpecedor del progreso y por el oscurantismo de unas creencias que tachaban de retrógradas. En verdad ambos idearios no formaron un grupo compacto pero hicieron mella en su entorno debido a su postura de filosofismo antiescolástico que defendía el conocido enfrentamiento entre liberalismo y tradición[7].

El protagonismo de aquellos reformadores se sitúa en un tiempo coincidente en España con la consolidación de la preocupación por la reforma educativa, por el desbloqueo de la cultura oficial, por la teorización sobre el Estado liberal o el reformismo social, tal y como apunta Gómez Molleda, atendiendo al contexto histórico subsiguiente a la Revolución de 1868. Un tiempo en el que cuando durante la etapa de la Restauración canovista Francisco Giner de los Ríos funda la ILE, el pedagogismo renovado por las novedosas formas de enseñanza se unirá a una concepción laicista educativa que no podía compaginarse con el antiliberalismo y la confesionalidad de la escuela mantenidos por el conjunto de los tradicionales.

La permanente polémica entre reformistas y católicos en el terreno político, filosófico y eclesiástico fue concienzudamente analizada en las páginas del libro que nos ocupa dado que no se trataba simplemente de un pulso entre seguidores de una u otra forma de encarar la evolución social del país sino que la enseñanza centraba el debate dada la carga ideológica que se le adjudicaba y las consecuencias que arrastraba para los ciudadanos.

Con todo no era oportuno generalizar con exceso las posturas adoptadas por los institucionistas en materia de creencias aun cuando la fuerza del reformismo impulsado por los mentores del grupo sin duda influía en la aceptación del ideario profesado. De ahí que se puntualice en esta publicación que el institucionismo no renegaba de una religiosidad respetuosa hacia otras convicciones pero siempre tratando de erradicar la manifestación pública

[7] Claro está que conviene echar una mirada al clima polémico europeo objetivado en el choque de cultura que caracterizó este periodo y que recogieron los renovadores hispanos enfrentándose a la iglesia mediante un constante enconamiento religioso-educativo.

Aquellos intelectuales buscaban en el racionalismo armónico del krausismo la base del pedagogismo gineriano en su reiterado intento de cambiar al hombre en su totalidad. Ahora bien, el krausismo de Sanz del Río no fue la única fuente de la que bebieron. Debe tenerse en cuenta que el grupo se sumó a otras filosofías europeas cuyo objetivo era luchar contra la escuela cristiana que defendieron las figuras representativas del catolicismo Manjón Blanco, Poveda y Ayala entre otros, reconociendo desde las instituciones que promovieron, la esencia del contenido y del fondo que la educación católica no deseaba arrinconar. No sorprende, por tanto, la generalización de mutuas acusaciones vertidas por los reformistas y por los tradicionales católicos que llenaron las páginas de la publicística de un tiempo largo y que se dejaron oír en foros relevantes a tenor de lo cual apunta Gómez Molleda que tales enfrentamientos eran auténticamente abrumadores.

Históricamente la línea de la pedagogía de la ILE se fue acomodando desde su propio ideario educativo inconformista a las dificultades inherentes al devenir político nacional. Sería en los años treinta con la llegada del régimen republicano cuando los intelectuales de la Institución gineriana mostrarán su faz más radicalizada merced a posiciones que condicionarían el porvenir de la enseñanza en España.

Así pues, al iniciarse en 1931 la II República española volvía a plantearse la consideración de que la educación pública se convertía en la palanca de cambio para la promoción social cuya premisa indispensable era la consecución de una ética cívica y laica al margen de planteamientos de carácter confesional. La defensa encarnizada de una revolución cultural por parte del republicanismo socialista y de minorías como la institucionista o la masónica postulaba la secularización definitiva de la sociedad hasta lograr lo que la Profesora Gómez Molleda consigna como sacralización del laicismo.

La conveniencia de la renovación se impuso y en materia de enseñanza proponía introducir en las aulas escolares hispanas el modelo soviético imperante desde la revolución bolchevique. En las páginas de *Los Reformadores* el fracaso del cambio educativo se explica tanto por la diversidad de idearios como por la inconsistencia de las Direcciones Generales en manos de políticos incompetentes y por la enorme radicalización de ciertos representantes de algunos partidos defensores del republicanismo en los escaños de la Cámara. Lo cierto es que la reforma laicista neutralista no se consolidó de manera que al finalizar el primer bienio la reforma de la instrucción pública estaba inconclusa. Otro factor explicativo de las fuertes tensiones consistía en que al unísono con un debate sin concesiones en materia de tanta consistencia, pervivían en el seno de una parte de la sociedad española convicciones religiosas contrarias a las de quienes encaraban el tema educativo como paladines de la renovación intelectual y espiritual.

En definitiva, la investigación sobre la Institución Libre de Enseñanza contribuyó rigurosamente a situar a los intelectuales españoles del novecientos en el lugar que habían ocupado dentro de las estructuras socio-políticas y en los ámbitos de la educación y de la cultura. María Dolores Gómez Molleda documentó sus aspiraciones, sus procedimientos de actuación así como los resultados de su gestión en el tiempo hasta la etapa de la II República circunstancia, etapa en la que confirmaron su ideario manifestado, sin ambages, en la reforma de la enseñanza y en los intentos de secularización y modernización del país.

2. Miguel de Unamuno, "agitador de espíritus"

Una serie de transformaciones convirtieron la antigua Casa Rectoral en un centro de actividades a partir del legado archivístico y bibliográfico que la familia Unamuno había entregado al Estudio salmantino. En opinión de la Profesora Gómez Molleda, la proximidad de acceso a la documentación y a la correspondencia de miles de cartas dirigidas al antiguo rector facilitó el comienzo de una nueva temática en su línea investigadora en la que dio primacía al análisis del pensamiento de Unamuno en relación con el movimiento obrero con el que tanta cercanía había mantenido en años bien conocidos. Publicó entonces la responsable de la Casa la obra que tituló *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*[8]. En esta obra buscaba ofrecer una ordenada visión del ideario unamuniano sobre el tema de la cuestión social partiendo de las convicciones del obrerismo más significativo del momento[9] y siguiendo la trayectoria del reformismo español específico de la intelectualidad más renombrada al comenzar el siglo XX.

Las cartas seleccionadas para entender el alcance de las manifestaciones de los socialistas más representativos durante la etapa de aproximación de Unamuno al movimiento obrero reflejan los iniciales problemas de su entendimiento con la corriente anti-intelectualista que con el correr de los años seguiría creciendo. Para entonces, al decir de Gómez Molleda, la ruptura entre los que querían y los que sabían se había consumado como fue el caso de Unamuno entre la destacada nómina de aquellos intelectuales que globalmente soportaron el repudio de los seguidores del pablismo.

Salamanca comprendió el idealismo reformista y liberal de Miguel de Unamuno a tono con la querencia de los intelectuales de su entorno, alejado del materialismo profesado por el socialismo de modo que dejó la militancia partidista y se embarcó en un intento de introspección que le condujo a su conocida crisis de conciencia. Lo cierto es que no le fue posible al profesor universitario enlazar con el por entonces debilitado obrerismo de la provincia charra lo cual le facilitó el abandono del Partido incluso más que su anticlericalismo y la postura antirreligiosa de sus miembros.

Puede sostenerse que la Dra. Gómez Molleda elaboró asimismo un penetrante estudio del conjunto de la obra unamuniana a partir de las propuestas tocantes a su misión renovadora. En dicho estudio el ensamblaje con las formulaciones de otro gran innovador, Giner de los Ríos, clarificó la idea de la revolución "desde arriba", un hecho de difícil consecución sin la revolución de las mentalidades y de la conveniencia de un pedagogismo revolucionario en coherencia con el tirón institucionista.

La correspondencia cruzada entre Miguel de Unamuno y Francisco Giner de los Ríos puso de manifiesto[10] el positivo intercambio de pareceres sobre la cuestión educativa, fundamento esencial de la reforma que los intelectuales de entonces defendían

[8] Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1980.

[9] Debemos anotar que la Dra. Gómez Molleda con anterioridad había editado otros trabajos centrados en la figura de D. Miguel en cuanto a la temática del reformismo social. Nos referimos a "Salamanca en la trayectoria socialista y culturalista de Unamuno", en *Historia 16*, n. 23 (1977) así como a *Unamuno socialista. Notas inéditas de D. Miguel,* Madrid, Narcea Ediciones S.A., 1978.

[10] *Unamuno agitador de espíritus y Giner de los Ríos,* Madrid, Narcea Ediciones S. A., Colección Bitácora, 1975.

rotundamente. Giner deseaba acercar a D. Miguel a su terreno a través de una confluencia de pensamiento. Lo hizo incluso por el idealismo social que había tomado en España caracteres de renovación revolucionaria lo cual, no obstante, no rebajó la primacía de la educación como se consignaba en su frecuente relación epistolar.

Llegado al Rectorado, en el cambio de siglo el catedrático salmantino, se mostró abiertamente reformista, como lo evoca Gómez Molleda, empeñado en hacer hombres novísimos, universitarios empapados de realismo, inculcándoles ansias de saber creador y de revitalizar su aprendizaje más allá de lo escuchado en las aulas e increpando a la vez a la inercia magisterial. No se cansaba D. Miguel en erigirse en sembrador de inquietudes y cada vez se mostraba más crítico con la España de los años iniciales del siglo XX. Aprovecha así esta coyuntura para plantear la revolución desde su cargo para transformarse en el agitador de espíritus que decía anhelar.

Por lo que respecta al último Unamuno, al situarlo inevitablemente en el grupo inteligencia de los años treinta en distintos foros y escritos[11], la Profesora Dolores Gómez Molleda reconoce que las líneas fuertes de su pensamiento no se apartaban del sustancial ideario liberal común que ahora coincide con la etapa de la II República. La fidelidad de D. Miguel al nuevo sistema no estuvo exenta de una discrepancia razonada que no se tradujo en un rechazo de las esencias republicanas a las que rendía culto. Momento relevante fue el de la lección inaugural del Curso 1931-1932 en la que sostuvo el rechazo frente a los planteamientos de revolución republicana que presentaba D. Manuel Azaña y a los que oponía la defensa del ser intrahistórico de España donde tradición y progreso eran compatibles y deseables. Se ponía de manifiesto la existencia de diferentes visiones de España, bien subrayando el continuismo bien a favor de la ruptura con el pasado histórico a lo que se unía la diferencia generacional y, sin duda, la serie documentada de improperios dirigidos por el jefe de gobierno al representante republicano de Salamanca.

La conocida negativa de la ruptura de la tradición eterna española, en boca de D. Miguel, se traducía durante la segunda etapa republicana, entre 1933-1936, en un esfuerzo por lograr la concordia de las dos Españas ante la amenaza de una guerra civil. En ella reclamaba la concordancia de las discordancias siendo este un objetivo acariciado pero no logrado.

Nuevamente se le tachó de antirrepublicano cuando Azaña fue nombrado Presidente de la República en aquellos días de auténtica convulsión nacional. Al declararse la guerra se puso al lado de los militares sin por ello hacer dejación de su republicanismo y buscando no acabar con el régimen sino con un gobierno que se desmoronaba. Podría parecer innecesario recordar la situación que vivió en los primeros meses de la contienda cuando en fecha de 4 de septiembre del 36 fue nombrado Rector de la Universidad por la Junta de Defensa Nacional de Burgos. Su acendrado liberalismo no disminuyó y su propósito de continuidad permanecía en su pensamiento y en sus discursos con aquel público reconocimiento de sus deseos de paz.

[11] *Aproximación al último Unamuno. El proceso ideológico de Don Miguel durante el Bienio azañista,* en *Volumen Homenaje a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1986 *y El proceso ideológico de D. Miguel. De la República a la Guerra civil. 1931-1936,* en Dra. Gómez Molleda (Ed.), *Actas del Congreso Internacional Cincuentenario de Unamuno, 10-20 diciembre 1986*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1989.

Siguiendo las publicaciones de María Dolores Gómez Molleda en relación con las etapas de la vida de Unamuno cabe sintetizar su trayectoria salmantina como la de un luchador en pro del culto a la libertad, a la unidad y a la idea de continuidad con las matizaciones impuestas por las mutaciones debidas a las circunstancias histórico-políticas que hubo de soportar. Pero con todo y pese al reto que supuso la II República, la revolución unamuniana no fue otra que lograr la transformación de la conciencia pública acorde con el espíritu gineriano de etapas anteriores como le era propio de un reformador inconformista.

3. La Masonería, ese enigma

Oportunidad singular en el campo de la investigación fue para la Doctora Gómez Molleda la llegada al Archivo de San Ambrosio, como entonces se denominaban las precarias instalaciones de lo que sería el Archivo Histórico Nacional de la Guerra Civil, un centro dedicado a la custodia de la documentación incautada durante el periodo bélico, procedente de muy diferentes entidades y lugares lo que posibilitaba la lectura de legajos inéditos hasta entonces.

La publicación más representativa sobre el influjo ideológico de la Masonería en la España del pasado siglo fue el resultado de las indagaciones llevadas a cabo, en el hoy remodelado Archivo de la Guerra Civil, mediante un planteamiento novedoso sobre El Gran Oriente Español en el que clarificaba la entidad, la función y el papel que ejerció aquel organismo en los momentos más controvertidos del novecientos hispano. Hacemos referencia a la obra de María Dolores Gómez Molleda: *La Masonería en la crisis española del siglo XX* que sigue manteniendo el interés de lectores ávidos de adentrarse en la especificidad masónica[12].

Ofrecía esta obra un estudio en el que apela a la revisión Historiográfica que por entonces respondía a los dictados de detractores o de afiliados del credo masónico buscando una rigurosa comparación entre los análisis parciales y una interpretación documentada y objetiva de la historia de la Orden y en este caso del Gran Oriente Español. Tras la lectura de numerosísimos legajos se puso de manifiesto el papel jugado por la Masonería, una de las minorías más significativas empeñadas en generar un cambio del ser de España a partir de sus considerandos ideológicos. Era, por tanto, imprescindible desentrañar la entidad Masónica fuera del mito que rodeaba a sus Seguidores, valederos de un inconformismo practicado por los intelectuales procedentes en gran medida del profesorado universitario hispano que estuviera adscrito a la filosofía de los institucionistas krausistas de la época.

Existía una relación entre ambas afiliaciones que estaba justificada en un primer momento por la presencia de intelectuales ginerianos en la Universidad Libre de Bruselas, de titularidad masónica, donde se iniciaron fluidos contactos que trastocaron el sentir específico de la Obediencia en orden a sus presupuestos político-educativos llegando a promover rupturas internas coincidentes con etapas críticas de nuestra historia.

[12] Primera edición: Madrid, Editorial Taurus, 1986. Segunda edición: Madrid, Editorial Universitas, 1998.

La Profesora Gómez Molleda razonaba su interés por situar metodológicamente a la Masonería en los momentos más conflictivos del siglo XX por cuanto había dado un salto del plano teórico de su ideario a la realidad social en la que se movía y participaba. Así constata el inusitado giro dado por una parte de la Masonería que abandonó el apoliticismo que profesaba, al menos en España, para aceptar reacomodarse a tiempos de cambio como el comprendido entre el año 1917 y la II República, tiempos que dieron la oportunidad para intervenir en los asuntos públicos más debatidos. En obligada lógica la interpretación de la función de la Masonería española merecía una objetivación pormenorizada al hilo de los vaivenes sufridos por la Orden.

Se entiende, por tanto, cómo la Masonería mostró una faz diferente en cuanto se convirtió desde un reducto de inconformistas beligerantes hasta ocupar un amplio número de escaños de diputados en las Cortes de 1931 los cuales avalaban las fórmulas legislativas que pretendían imponerse en el orden político social y religioso del nuevo régimen. En la documentación manejada para la elaboración de la obra que comentamos, se percibe un incremento del anticlericalismo que rompía el neutralismo del que la Orden había hecho gala para favorecer la política laicista republicana a la vez que atraían desde algunas Logias madrileñas a políticos de renombre, buscadores de votos que refrendaran la legislatura radical a la que se estaba dando carta de naturaleza.

El problema de las discrepancias internas se había planteado de antiguo a raíz de las convulsiones que se produjeron en la crisis de la Restauración y avivaron el deseo de participar activamente en la caída de la monarquía. La consolidación de la separación interna daba la clave de la transformación del Gran Oriente que en 1931 había abandonado, al menos en parte, el filosofismo y la filantropía propios de la Orden hasta generar un conflicto de lealtades por parte de los diputados de la Cámara.

No faltaron respuestas de cariz conciliador provenientes del círculo masónico más representativo. Tal fue el caso del Gran Maestre Diego Martínez Barrio opuesto a la división generada entre el territorio de la Obediencia andaluza y la línea madrileña que conculcaba la ortodoxia apostando por la participación política y de compromiso partidista[13]. En esta situación de alejamiento entre los afiliados masones cabe indicar que uno de los puntos de fricción lo constituía el futuro de la educación en la España republicana al ser elemento esencial de debate entre los regeneracionistas hispanos. Esta fue la circunstancia en la que se inscribe, sin dificultad, la concepción de la escuela pública por parte del Gran Oriente Español que chocaba con la educación católica a la que tachaban de proponer un conservadurismo dogmático. A partir de 1931 en la batalla contra la educación confesional concurrieron al mismo tiempo el krausismo, que impregnaba el ideario institucionista apoyado en el socialismo, junto a la Masonería en comunión con el laicismo y la neutralidad política y religiosa de la escuela pública y asumiendo ambos las dos militancias sin lograr fundirse en un organismo de ideales comunes como pudo pensarse en etapas anteriores.

Parece difícil concluir hasta qué punto la línea masónica sobre enseñanza primó en la legislatura del bienio republicano si bien desde las Logias se insistía en la presencia

[13] Ruptura que condujo en el seno del Gran Oriente Español al cese de Martínez Barrio en 1934 y a una situación de interinidad hasta el nombramiento de Ángel Rizo en 1935 sin lograr por ello la vuelta a la Obediencia intrínseca de la Masonería debilitando su imagen incluso durante el periodo de la guerra civil.

de los afiliados en instancias públicas educativas para cambiar, desde dentro, la mentalidad contraria al masonismo pedagógico. Con tal objetivo se sirvieron de las pautas del catálogo de condiciones impuestas por los diputados de la Obediencia que en su conjunto no pudieron rehacer el sentir masónico sino después de que la evolución de la II República se adentrara en formulaciones políticas de mayor moderación.

De todos modos, una atenta mirada a los cuadernos de afiliación correspondientes al periodo que cubre este trabajo permite observar un notable incremento de afiliados a la Masonería y en concreto al Gran Oriente Español. La explicación de este fenómeno puede basarse en la creencia de que las circunstancias históricas del país obligaban a un compromiso político colectivo o individual en la tarea de difundir el liberalismo y las esencias privativas de la Obediencia. Siempre que no se olvide la urdimbre general inconformista que mantuvo la Orden y que la condujeron a rupturas peligrosas en su momento.

4. Al final de la carrera

Llegada la hora de su jubilación muchos fueron los especialistas que desearon hacer pública la valoración de la obra de María Dolores Gómez Molleda en una publicación en dos volúmenes titulada: *Historia, Literatura, Pensamiento*[14], en donde las aportaciones de los autores constituyeron un cálido tributo a una vida de dedicación a la ciencia como se desprende de su impecable trayectoria académica.

María Dolores Gómez Molleda ha honrado singularmente el oficio de historiar transparentando el rastro que siempre acompaña el fluir del tiempo y la actitud de los protagonistas del pasado.

Obvio resulta apuntar que su escrupulosidad ética, su coherencia vital, su enorme espíritu de trabajo y su insobornable actitud crítica de intelectual ha sido acicate de exigencia para los que hemos vivido de cerca su circunstancia, siempre en una atmósfera de respeto hacia cada persona. Estas páginas en su memoria pretenden ofrecer el contenido de su magisterio fruto de una entrega al cultivo de la educación y de los valores esenciales desde su intachable compromiso de científica católica.

En un momento en que se nos está yendo toda una generación de pensadores irrepetibles sólo cabe reconocer su legado y transmitirlo a quienes están tomando el relevo quizá todavía con un punto de inconsciencia ante un futuro que como nuestros maestros deberán custodiar inteligentemente. Descanse en paz la Profesora María Dolores Gómez Molleda, para muchos referente de hacer historia al hilo de la excelencia.

[14] Samaniego Boneu, M., y Arco López, V. del, *Estudios en Homenaje a María Dolores Gómez Molleda*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca y Ediciones Narcea, 2 vols., 1990.